



# Carta a los artistas

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

## 1. La presencia del arte en las enseñanzas de Juan Pablo II

Como ocurrió en la gestión pastoral de los Sumos Pontífices del siglo XX, el asombro acompaña buena parte de sus decisiones al frente de la Nave de Pedro. Suele extrañar que la creciente intervención de los Papas en los destinos de la humanidad rompa constantemente los esquemas que los definen erróneamente como simples jefes de estado o consideran sus acciones a la luz de comprensiones reductoras del mensaje evangélico, de la participación de los cristianos en la vida pública y la de la Iglesia Universal en el curso de las sociedades.

El Santo Padre Juan Pablo II, personalidad clave del pasado siglo, elevó sorprendentemente esos niveles de sorpresa. Valorado desde posiciones conservadoras y liberales, cuestionado con axiomas propios de la izquierda y otros de la derecha, desde Oriente y desde Occidente, analizado dentro y fuera de la Iglesia, su figura, hoy egregia, recibe expresiones de aprobación y admiración generales.

Este Papa, venido de la Europa marxista, que cruzó la Cortina de Hierro, un Papa deportista, obrero, viajero, artista, fue en primerísima instancia un hombre de Dios, pero también del mundo; un regalo del Espíritu Santo ante las complejidades del período que algunos consideran cierre de la Modernidad y comienzo de la Postmodernidad, a fines de la década de los 70, cuando asciende a la silla pontificia. Tales circunstancias marcaron el carácter e influencia de su pontificado, y la ri-

queza magisterial que nos legó en numerosos temas.

El actual Siervo de Dios, junto a varios documentos imprescindibles sobre la familia, el trabajo, las comunicaciones, la ciencia y la cultura, donó un ideario estético de notable interés para el diálogo de la Iglesia con el gremio artístico y para los artistas, los intelectuales y las instituciones que fomentan la civilización en tanto producción cultural.

Detrás de sus palabras sobre el pintor Beato Fra Angélico, sobre los trabajos de Michelangelo Bounarroti en la Capilla Sixtina, u otros documentos mayores y menores entre los que destaca la famosa *Carta de Juan Pablo II a los artistas* (1999), se encuentran la tradición católica del arte religioso, las enseñanzas de sus antecesores referidas a la creación artística, como es el caso de San Gregorio Magno. Integran ese magisterio estético los vínculos entre el arte y la liturgia, los postulados de la Patrística, la Escolástica, las experiencias del Medioevo, del Renacimiento y la Modernidad, además de los documentos próximos al tema que emitió el Concilio Vaticano II: *Gaudium et Spes* y *Sacrosanctum Concilium*.

Pero se advierte, en la sabiduría del Pontífice, una marcada diferencia con quienes le precedieron en la clarificación eclesial de estos delicados asuntos. Relacionamos la diferencia con la juventud del entonces Karol Wojtyła, actor del Teatro Rapsódico, grupo que procuró mantener la dignidad de la cultura polaca durante la ocupación hitleriana, a través de la representación de obras de contenido patriótico. Tampoco pasamos por alto que el Santo Padre

escribió obras dramáticas y de carácter poético, algunas después de su elección al frente del Vaticano, como las meditaciones bíblicas del *Tríptico Romano*, aparecidas en el año 2003, dos antes de su tránsito a la Casa de Dios Padre y en el esplendor de su magisterio.

## 2. Fundamentos de la Carta a los artistas

Para desgranar los aportes del valioso documento de Juan Pablo II, debe vincularse extensamente con el resto de las exploraciones que hizo alrededor del fenómeno del arte (concepto donde él integra las bellas artes), en estrecha empatía con su pensamiento, tanto en materia religiosa y eclesial, como en materia humanística y cultural.

Dejando para más adelante un estudio en profundidad, nos aproximaremos a algunos de los fundamentos existenciales y teóricos sobre los que se desarrollan sus aportes. Porque la epístola supera el estricto mensaje doctrinal y, no obstante la altura y profundidad de la concepción, nunca deja de ser una comunicación cálida entre semejantes. En la postura dialogante del buen pastor, muy cerca de sus ovejas, aborda con delicadeza cuestiones perentorias del aquí y del ahora. Y lo hace abriendo una conversación, exhortando, haciéndose preguntas, esperando un comentario, una respuesta.

En tal sentido, nueve personas recogieron sus consideraciones sobre la *Carta...* en un libro titulado *La belleza que salva*, frase del Papa, a la vez de una de sus ideas centrales y más audaces. La compiladora,

María Antonia Labrada, profesora de Estética y Teoría de las artes de la Universidad de Navarra, en una entrevista que ofreció a la agencia Zenit en 2006, comenta lo que podría ser la génesis de la obra del Siervo de Dios:

“Juan Pablo II además de tener una gran inteligencia era una persona apasionada y necesitaba expresarse, comunicar a los demás su pensamiento, sus creencias. Esto le llevaba a dar vida a las ideas, y a dejar que estas ideas tuvieran su propia consistencia impactando en la vida de los demás.”

Se refiere a una “concepción dramática de la existencia”, “presente en la tradición cultural polaca” donde “la palabra drama no significa en este caso tragedia sino acción plena de sentido (logos) y por lo tanto comunicativa”. El razonamiento de la doctora Labrada explica la vinculación de pensamiento y vida en el Pontífice, lo que también arroja luz sobre las referencias a escritores de su patria u otros escritores eslavos, sobre las referencias a su lengua materna y a su pasado como artista. Luego de comentar la cita bíblica del encabezamiento, Su Santidad alude a la emoción tan personal desde la que redacta:

“Por esto me ha parecido que no hay palabras más parecidas que las del Génesis para comenzar esta Carta dirigida a vosotros, a quienes me siento unido por experiencias que se remontan muy atrás en el tiempo y han marcado de modo indeleble mi vida.”

Una de las ideas básicas, argumentadas con el idioma polaco, se ubica al principio del texto. Viene en apoyo de algo que todo artista ha sentido, y de lo que no pocos han abusado, pero que de cualquier manera confirma, digamos, la naturaleza de un don y el sentido de una responsabilidad. Pues, por voluntad de Dios “en el hombre artífice se refleja su imagen de Creador. Esta relación se pone en evidencia en la lengua polaca, gracias al parecido en el léxico entre las palabras *stwóeca*

(creador) y *twórcam* (artífice)”. Pero el parecido no confunde los términos. El Creador da el ser en medio de la nada, solo desde sí mismo, mientras el artífice parte de algo creado previamente, a lo cual da forma y significado. Entonces, la creación artística, en cuanto *poiesis* o construcción poética de origen humano, re-crea lo real pre-existente, continúa la maravilla de la Creación en la grandeza de una obra de arte como “epifanía” de la belleza, de la manera en que el autor de la *Carta* entendía dicha manifestación.

De inmediato, después de esta espléndida metáfora del *Magnificat*, revela una de las pistas del documento. La dimensión ética del arte, cuya ósmosis con la dimensión estética es tan conocida como subvalorada bajo el supuesto pedestal del talento y la genialidad, Juan Pablo II la plantea al responsabilizar a cada artífice u homo faber (hombre que construye), sea artista o no, con “la tarea de ser artífice de la propia vida”. Así, dentro de la vocación del artista, debiera encontrarse el llamado a convertir su vida en obra maestra ya que la realidad reflejada en el hecho artístico señala en primer lugar la vida de su autor. De donde concluye que “la historia del arte no es solo historia de obras, sino también de los hombres”, todos, en definitiva, autores “de sus propios actos” y responsables “de su valor moral”. Lo cual sugiere un camino para el arte y hacia la verdadera creación, aunque nunca lo afirme explícitamente.

### 3. La posibilidad de una teología desde el arte

La ética del artista, según este venerado Papa, demanda una vocación de servicio a la belleza, una “especie de destello divino”. Nombramos a dicha ética “«espiritualidad» del servicio artístico”, una evidencia del recorrido interior del artista y una huella de la contribución al bien común. El arte religioso universal, no solo el cristiano, ha develado varias claves del ejercicio espiritual en

un número considerable de obras cimeras. Sin embargo, no especula sobre ascética y mística. En su lugar atiende la conexión, a los ojos del Cristianismo, entre la belleza y el misterio de la Encarnación.

La belleza comprende una categoría fundamental dentro de la estética. De hecho, la teoría de la cultura y del arte reconoce en las complejidades de lo bello o lo estético, el eje de su estudio. Antes de emprender un breve tránsito por lo que ha sido el arte cristiano, el primer Pontífice de origen polaco regresa a la visión de la belleza en el mundo griego, cita a Platón y asume el concepto de *kalokagathia* (caballerosidad), una reunión indisoluble de los ideales del Bien y de la Belleza, propia de la cultura helénica. Después, otra categoría griega retomada por Santo Tomás de Aquino, la del bien común, enfatiza la utilidad que la belleza presta a la comunidad humana. La profundización en tal aspecto guía, hasta el final de la *Carta*..., una reflexión en torno al Misterio del Verbo encarnado, base fundacional del arte cristiano, y en torno al crecimiento moral.

Sobre la sentencia “el bien es la condición metafísica de la belleza”, y la paradoja de un Dios que trasciende toda materialidad a la vez que se hace visible en la Encarnación, el pensamiento salta de lo bello, o lo estético, al terreno de lo artístico, a pesar de eludir formalmente tal categoría. Cuando la condición irrepresentable del Padre se dobla en la condición sensible y humana del Hijo, Dios devela “una nueva dimensión de la belleza” que trastoca los falsos esquemas de lo divino y de lo humano en la reconciliación del Cielo y de la Tierra, solo posible en Cristo Jesús. Del acontecimiento que divide en dos la historia de la humanidad, «Dios-Misterio» introduce la riqueza evangélica en la que el arte se hará eco de las representaciones bíblicas; adoptará las funciones de una “mediación catequética”, “en épocas de escasa alfabetización”. Y analiza la repercusión artística del

Misterio en creyentes y no creyentes:

“la palabra bíblica se ha hecho innumerables veces imagen, música o poesía evocando con el lenguaje del arte el misterio del «Verbo hecho carne».”

“Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo.”

De cierta manera, por la concreción del Misterio, se registra en la memoria de la profesión la llamada a la necesidad de redención. Y en la medida que la belleza salvadora del arte se asume “clave del Misterio y llamada a lo trascendente”, no quedan reservas para la aceptación de su valor profético, por cuyo contacto “la humanidad de todos los tiempos –también la de hoy– espera ser iluminada sobre el propio rumbo y el propio destino”. En esa perspectiva no será determinante si se trata de un arte sagrado, un arte en función de la liturgia, una expresión artística que no guarda sintonía con la religión, o hasta de verdaderos “lugares” teológicos”. Este último caso aparece en obras literarias y de la plástica, enjundiosas desde el punto de vista teológico o que transpiran la honda religiosidad de sus autores, pues no son simples ilustraciones estéticas. Así lo percibe el padre Marie Dominique Chenu, defensor de la necesidad de una historia de la teología preocupada por la importancia cognoscitiva de las obras de arte, y a quien el Santo Padre se refiere con complacencia

Hacia el final, la *Carta...* asevera que la Iglesia necesita del arte y de los artistas (escritores, músicos, arquitectos...), para de inmediato preguntarse si el arte necesita de la Iglesia. El Sumo Pontífice sale airoso del difícil cuestionamiento. Declara varias de las contribuciones de la Iglesia al arte: los beneficios en la comprensión del hombre, el ofrecimiento de un horizonte rico en motivos de inspiración, la preponderancia de obras basadas en temas religiosos, el ansia de lo inefable y de

lo recóndito, así como la enorme pérdida que significaría una separación. Y como quien contempla los signos de los tiempos, se preocupa por ciertas tendencias contemporáneas del arte en un mundo que sufre, el Vicario de Cristo se apura en develar una suposición, mientras espera que ocurra todo lo contrario:

“¿Cómo se empobrecería el arte si se abandonara el filón inagotable del Evangelio!”

### 3. Una estética desde la teología

La expresión de Juan Pablo II, “quisiera más bien hacerme voz de los grandes artistas”, confirma la creencia del Papa en la unión de “las riquezas del ingenio” con la “gran hondura espiritual”. Nada nos impide extender su mensaje a la creación humanista, sin implicaciones religiosas, aunque en el pasaje anterior se refiera al tesoro en obras maestras que es el Palacio Apostólico desde el cual se dirige a los creadores. Quizá pensaba en la fuerza agitadora de la experiencia estética, más estremecedora si la mueve la espiritualidad, y más todavía, si es capaz de servir de puente hacia una experiencia de fe, de reencuentro con Dios. En la totalidad de ese instante se unirían las expectativas de redención del artista y el público, conectados ambos por la convocatoria de la belleza, “clave del Misterio y llamada a lo trascendente”.

“La tendencia al bien y a lo bello” que el Señor derramó en el ser humano, por la gracia de la intuición, le permite forjar y descubrir las “epifanías de la belleza”. Pero en la obra de arte, al menos desde el siglo XIX, lo estético y lo no estético, o feo, comparten el espacio de la creación. Más adelante, las vanguardias de principios del siglo XX incorporaron a lo artístico toda la gama de lo antiestético, lo bajo, lo inconsciente, la sordidez, y teorizaron sobre lo que sostiene estos discursos, a mediados de siglo llamados contraculturales.

Pareciera que las cavilaciones alrededor de la belleza en la *Carta de Juan Pablo II a los artistas*, hubieran perdido toda validez, incluso en el fin del milenio cuando fueron escritas.

Tal suposición sería verdadera si su autor, hombre de pensamiento y de oración, no hubiera clarificado que hablaba de una Belleza que salva, distante de lindezas y apariencias. La misma que entrevió San Agustín en sus visiones, la misma de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, asomados al misterio de Dios en el hombre. Una Belleza que procede del Espíritu, “artista del universo”, cuyo “soplo divino (...) se encuentra con el genio del hombre, impulsando su capacidad creativa”. Pensaba en una experiencia trascendente al reconocer el valor estético y el valor religioso del mejor arte sagrado, cristiano y no cristiano. De ahí que recomiende:

“Ante la sacralidad de la vida y del ser humano, ante las maravillas del universo, la única actitud apropiada es el asombro.”

Termina esta epístola con un manojito de bendiciones que rememora los tiempos apostólicos del origen de la Iglesia. Y asombra que este Papa grande bendijera hoy una profesión que ayer fue condenada. Algo que repitió un año después, en el Ángelus del Jubileo del Mundo del Espectáculo, al proponerles a todos los artistas del orbe, a través del saludo a una representación de actores y actrices alemanes congregados aquel día en la plaza de San Pedro del Vaticano:

“Representad en vuestras actuaciones la verdad, el bien y la belleza. Dios os bendiga.”

